

Entrevista a Francisco Fernández Buey

«No nos resignemos a lo que hay, recobremos la armonía hombre/naturaleza dándole más importancia a los valores de uso que a los valores de cambio»

Fallecido en Barcelona el pasado 25 de agosto de 2012, a los 69 años de edad, Francisco Fernández Buey (FFB) fue un filósofo español, profesor de Historia de las Ideas, de Historia de la Ciencia y de Filosofía Política en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona.

En 2010 fue invitado por el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), para impartir una conferencia sobre su libro Marx (sin ismos) dentro del «Seminario Permanente “Marx Revisitado”, segunda vuelta», coordinado por Elvira Concheiro y José Gandarilla. En su intervención del 28 de octubre, FFB fue más allá del contenido de su libro, hablando de los más variados temas del pensamiento social, y tendiendo un puente de diálogo con grandes pensadores como Gramsci, Lenin, Einstein, Lukács, Benjamin, Brecht y otros, mostrando ser un pensador creativo con propuestas de nuevos conceptos como el de “poliética”. Su coherencia moral y compromiso social hacían de él un pensador que buscaba claridad en los principios políticos que deben regir en una sociedad de igualdad, lejos de los modelos preconcebidos y únicos que –como él mismo decía– «ni Marx tenía en mente», siendo un crítico social convencido de que en el futuro, y en perspectiva social, el mercado y el Estado pueden relacionarse de una manera muy distinta a la actual, intentando que la economía beneficie a todos y no a una ínfima minoría de privilegiados.

Motivado por ese marco de ideas y aprovechando su estancia en México, el 2 de noviembre de 2010 concedió la entrevista que a continuación se transcribe y que se trabajó a lo largo de 2011.

Miguel Ángel Jiménez González es economista, ex docente de la cátedra de Sociología y Política, facultad de Economía (UNAM) e investigador independiente.

¹ Agradezco a la socióloga Rosa Luz Castillo Salazar su apoyo técnico de grabación, transcripción y corrección de estilo.

Pregunta: ¿Quién es Francisco Fernández Buey? Coméntenos algo sobre sus antecedentes familiares, los pensadores que le han inspirado y los libros fundamentales en su formación crítica.

Respuesta: Provengo de dos familias modestas, soy hijo de padre de familia campesina gallega y madre de familia de funcionarios castellanos. Mi abuelo paterno fue un campesino que emigró a Brasil desde Galicia y mi abuelo materno, además de funcionario, era un poeta interesado en las letras.

Me formé en un instituto público, en la ciudad de Palencia, y tengo muy buen recuerdo de la mayoría de los profesores, en particular de los de literatura y filosofía que me orientaron acerca de lo que me podría interesar. En la universidad, recibí la influencia del filósofo Manuel Sacristán, de un helenista y filósofo de nombre Emilio Lledó y de un poeta, teórico del arte y esteta llamado José María Valverde; en mi juventud me acerqué a la literatura y a los novelistas rusos del siglo XIX como Tolstoi y Dostoievski y de autores como Shakespeare y Goethe, y entre los primeros filósofos que leí están Albert Camus y Jean Paul Sartre. Después empecé a leer a Marx y, posteriormente, tuve afición por Bertrand Russell.

Pregunta: El maestro Manuel Sacristán y usted, ¿cómo vivieron el franquismo? ¿Cómo les afectó? ¿Se exiliaron?

Respuesta: Fue un período muy duro para ambos, aunque más para el maestro Sacristán que era mayor que yo, unos veinte años. Ambos fuimos detenidos varias veces, encarcelados y expulsados de la universidad, aunque debo añadir que los intelectuales y los profesores universitarios como nosotros no fuimos los más afectados por la dictadura franquista. Los que más sufrieron fueron los obreros y los trabajadores y trabajadoras. En mi caso, no tuve pasaporte hasta después de la muerte de Franco y sólo pude salir de España clandestinamente un par de veces a través de la frontera con Francia y viajé a otros sitios de manera ilegal hasta 1976. Por coherencia moral y política no fuimos exiliados, ni consideramos esa posibilidad. Pensamos que debíamos permanecer en España luchando contra el franquismo. De ahí que Sacristán rechazara varias ofertas de trabajo como docente en universidades europeas. En mi caso, igualmente, descarté la posibilidad de salir de España en los años 1966 y 1967.

Pregunta: En sus libros a menudo hace referencia a películas. ¿Se trata de un mero gusto u obedece a una intención didáctica? Al respecto, ¿qué películas recomienda?

Respuesta: Aunque no soy cinéfilo me gusta mucho el cine, considero que el cine es el gran arte del siglo XX y que algunas películas son interesantes para dialogar y discutir con

los jóvenes. Muchas películas contienen interesantes ideas filosóficas. Entre los directores que admiro están Visconti, Pasolini y Fassbinder, y de los que están vivos me interesa Lars von Trier, Theo Angelopoulos (este último recientemente fallecido) y el grupo que irónicamente se denomina Dogma. Las películas que recientemente más me han gustado son *La mirada de Ulises* y *Dogville*, igualmente tengo predilección por el documental de contenido social.

Pregunta: Respecto al profesor Sacristán recientemente lei² que además de enfrentar al franquismo quizás fuera acosado por un grupo político-religioso denominado los Legionarios de Cristo. ¿Qué comentario puede hacernos sobre ese acoso?

Respuesta: No tengo conocimiento de que los Legionarios de Cristo hayan atacado al maestro Sacristán. Sí sé que sufrió la persecución de grupos anteriores a los Legionarios de Cristo, específicamente de un grupo ultracatólico al que pertenecía el profesor Francisco Canals de la Universidad de Barcelona. Cuando se expulsó al profesor Sacristán de la universidad, fue él, el doctor Canals, quien curiosamente lo sustituyó.

Pregunta: En algunas ocasiones usted se define como marxista-leopardiano y en otras como comunista-libertario. ¿Cuál es el origen y razón de esta doble autodefinición?

Respuesta: Bueno, lo de marxismo-leopardiano es una expresión del crítico marxista británico John Berger, alguien a quien yo aprecio mucho. Él se refiere al hecho de que los marxistas en general habían sido optimistas históricos y Leopardi un pesimista respecto a las relaciones humanas, la historia, etc., por lo que Berger en uno de sus ensayos se pregunta: ¿se puede ser marxista y al mismo tiempo pesimista como Leopardi, manteniendo además la esperanza de que a futuro habrá cambios sociales, económicos, etc.? A lo que yo respondí afirmativamente. Creo que el marxismo del siglo XXI debe corregir su optimismo histórico, heredado de Hegel y el hegelianismo, ya que debemos ser pesimistas por inteligencia y optimistas por la voluntad.

Lo de comunismo libertario es porque estoy en contra del comunismo autoritario que me parece repulsivo y criticable y no creo que Marx fuera un comunista autoritario. De ahí que vea con buenos ojos que el marxismo de nuestra época se una al anarquismo libertario que es la otra gran tradición del movimiento obrero del siglo XIX.

² S. López Arnal, «En el aniversario de un filósofo marxista revolucionario», *Rebelión*, p. 2 [04/06/2008 <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=68351>]

Pregunta: ¿Eso del anarquismo es muy propio de España o se da en otros lugares?

Respuesta: Creo que se da en otros lugares, aunque, particularmente, España tiene una larga tradición anarquista y libertaria más que marxista. Esto no es una idea mía. También la comparten otros compañeros en Europa.

Pregunta: Usted tiene un libro titulado *Marx (sin ismos)* en el cual nos recuerda a otro de título *Marx sin mito* de Maximilien Rubel. Tal similitud, ¿es mera casualidad o se debe a algún acercamiento e influencia de ese marxólogo austrohúngaro en usted?

Respuesta: No es ninguna casualidad. En la década de los años sesenta conocí personalmente a Maximilien Rubel, leí varios de sus libros y mantuve una relación amistosa con él. Era un marxólogo anarquista que conocía muy bien la obra de Marx. Llegó a editarla al francés. Su libro *Marx critique du marxisme* [Marx crítico del marxismo] me inspiró a escribir *Marx (sin ismos)*, engarzando muy bien con mi convicción de que es bueno juntar el marxismo y el comunismo libertario en forma complementaria. Además Maximilien Rubel, como marxólogo, hizo una lectura heterodoxa e interesante de la obra de Marx como crítico de la política institucional, no de la política en general, valiosa, pues creo que hay que recuperar la palabra “política” en su acepción original del griego, criticando al mismo tiempo la degeneración de la política que se ha dado en los ambientes institucionales como mera politiquería.

Pregunta: Pero, concretamente, ¿cuál fue la aportación de Maximilien Rubel?

Respuesta: La aportación de Rubel es doble. Por una parte, escribió una crónica de Marx que es una excelente biografía que aporta cosas desconocidas en el momento en que las escribió, y, en segundo lugar, da a conocer la relación que mantuvo Marx con autores rusos, y es que Marx a sus sesenta años de edad se puso a aprender ruso con el propósito de leer a los economistas y sociólogos rusos en su propia lengua y obtener de ellos datos, pues le llamaba la atención la revolución suscitada en Rusia después de 1868, a raíz de la liberación de los siervos. Precisamente, lo que hizo Maximilien Rubel fue reconstruir la correspondencia que tuvo Marx con los rusos de la década de los sesenta, con lo que descubrió un Marx distinto del Marx canónico, de ahí lo de *Marx sin mito*.

Pregunta: Ahora vino a México a presentar su libro *Marx (sin ismos)* sobre ese tema. ¿Qué recomienda a los jóvenes interesados en leer a Marx? ¿Cómo leerlo, por dónde iniciar su lectura?

Respuesta: Yo recomendaría empezar la lectura de Marx por *El manifiesto comunista* de 1847. Se trata de uno de los pocos textos de la historia de la literatura que dice en tan pocos folios cosas tan importantes y conmovedoras sobre la vida social. En sus 25 folios dice lo que se piensa de la historia de la humanidad: cómo ha sido, cómo está y por dónde puede ir. Después habría que seguir con el Marx historiador, es decir, por *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, *Las luchas de clases en Francia*, *Crítica del programa de Gotha* y lo que en ocasiones escribió sobre historias periodísticas, ello no sólo porque es el más fácil de leer, sino también porque de paso homenajeamos al gremio de los historiadores que son los que mejor se han portado con Marx (recuerdo sobre eso una anécdota de 1983, cuando estábamos en el centenario de la muerte de Marx y ya estábamos en eso de que Marx estaba muerto y tantas otras cosas similares. Salió Pierre Vilar, uno de los grandes historiadores marxistas del siglo XX y dijo: «hoy día en el ámbito de las ciencias sociales todo mundo pareciera tener miedo a Marx, menos nosotros los historiadores»).

Luego podríamos pasar a la lectura de los capítulos históricos del volumen primero del Libro I de *El capital*, sugerencia un tanto peligrosa pues se trataría de descomponer o desestructurar el volumen primero y leerlo de otra manera, no como Marx lo escribió, sino que la sugerencia es comenzar por la parte histórica y luego pasar a la teoría, lo cual podría fundamentarse teóricamente abriendo quizá una interesante discusión metodológica y epistemológica con el propio Marx, acerca de cómo él entendía el método y cómo me parecería a mí que habría que entenderlo. Posteriormente pasaríamos a la teoría económica de *El capital* para lo cual hay una especie de atajo, pues a diferencia de los escritores posmodernos que dicen que ellos sólo escriben para sí mismos y que con eso es suficiente, Marx, por su parte, sabía para quién escribir y por eso escribió cosas como «Salario, precio y ganancia», que es el resumen del capítulo teórico correspondiente para que lo entiendan aquellos que lo tienen que entender. Este es precisamente un buen ejemplo de atajo para entender *El capital*, y, finalmente, si bien no me queda a mí decirlo por mi formación filosófica, yo dejaría para el final al Marx filosófico, esto no sólo por una razón teórico-metodológica, sino también por una razón que tiene que ver con la obra del propio Marx que él dejó inédita y que las ratas royeron. Hablo de los *Manuscritos económicos-filosóficos*, de *La ideología alemana*, etc. Así sí leemos a Marx como un clásico. Con distancia, y tomando en cuenta que muchas de sus obras filosóficas no las publicó porque llegó a la conclusión de que habría que rehacerlas, reescribirlas, repensarlas, etc. Se las llevó a Londres y dejó pasar el tiempo. Entonces, ¿por qué no pensar como él, sin caer en el simplismo de creer que esas obras filosóficas no sirven para nada y que podemos saltárnoslas? Tan sólo estoy apuntando la secuencia en que convendría leer a Marx. Me parece que la filosofía siempre va al final y que filosofar es cosa seria y de gente mayor (el búho de Minerva) y con conocimiento previo de algo, o de prácticas o saberes concretos, lo cual creo que podemos aplicarlo a la lectura de Marx y acabar leyendo lo que cronológicamente estaría más bien en el principio. Esto nos permitiría un cierto distanciamiento con cosas que Marx escribió de joven, y de no

tan joven, sobre la atracción que le produjo la filosofía hegeliana, la dialéctica hegeliana, etc., lo que con los años el propio Marx fue matizando.

Pregunta: Montserrat Galcerán, de la Universidad Complutense de Madrid, titula irónicamente uno de sus artículos «Marx sin cin-ismos»,³ en el que señala que el capítulo «Economía y crítica de la cultura burguesa», así como el último de «Marx (sin ismos)» no mantienen el mismo nivel de los anteriores, con lo que da a entender que la parte más débil del libro de usted es el análisis económico. ¿Qué responde a esa crítica?

Respuesta: Montserrat Galcerán es una vieja amiga y su crítica la considero amistosa, por lo que quiero señalar dos cosas: en primer lugar, tiene razón cuando afirma que la parte más débil de mi libro es cuando trato al Marx económico, situación que espero subsanar en una nueva edición. En donde Monserrat no tiene razón es en el último capítulo. Mi discrepancia con ella está en que yo pongo el acento en el Marx filósofo-moral y filósofo-político más que en el Marx economista. En segundo lugar, mi análisis se centra en el Marx tardío de 1870-1880, cosa que no hacen otros marxistas incluida Montserrat. Para mí el Marx maduro, que se relaciona con los rusos y se ocupa de lecturas antropológicas, etnológicas, etc., reflexiona sobre asuntos que no había tenido en cuenta y rectifica posiciones anteriores. La mayor parte de los lectores e intérpretes del Marx canónico, referentes al volumen primero de *El capital*, consideran que ahí hay algo así como un método histórico de aplicación general para todos los casos, a diferencia del Marx tardío que es interesante a nuestro tiempo y que llama la atención acerca de la importancia que tiene el análisis concreto de la situación concreta y que pone el acento en el estudio comparativo de las diferencias socio-culturales de los países en la evolución del capitalismo, así como en la importancia que tienen las diferencias que se han producido con el paso del feudalismo al capitalismo, ello sin negar que la lucha de clases ha sido sustancialmente entre burgueses y proletarios, aunque debe entenderse que no son los mismos burgueses y proletarios en Rusia, Inglaterra, Francia, Alemania o México, aclaración que es importante desde el punto de vista metodológico.

Marx, en una de sus cartas, afirma que no hay que considerar al método como una especie de ganzúa o pasaporte que permite interpretar cualquier cosa en cualquier momento histórico, sino que lo importante es el análisis concreto de la situación concreta y diferenciada en los distintos países.

³ Sección Crítica de Libros RIFP/15, 2000, p. 202 [<http://e-spacio.uned.es/fez/eserv.php?pid=bibliuned:filopoli-2000-15-1004&dsID=pdf>].

Pregunta: Percibimos que usted prefiere al Marx viejo, al que rectificó su opinión sobre los pueblos sin historia. ¿Podría decirnos algo al respecto? Pues aún hoy día hay personas⁴ que opinan que Marx en su visión progresista e ilustrada era de la opinión de que EE UU debía invadir a México. ¿A eso se refiere usted cuando dice: «[...] no es de extrañar que la obra de Marx esté llena de contradicciones y paradojas»?

Respuestas: Efectivamente, el Marx de 1840-1850 es un Marx ilustrado e influido por dos contra-románticos como son Hegel y Goethe, quienes consideraban que la civilización propiamente dicha era la occidental o civilización europea. Eso explica que haya escrito cosas con las que no estoy de acuerdo. Por ejemplo, sobre la guerra de EE UU escribió que era una suerte para la civilización que EE UU se hubiera apropiado de California. Peor suerte hubiese tenido ese territorio en manos de los vagos mexicanos que no tienen historia. Exactamente no lo dice así, pero por ahí va la cosa. Cuando unos años después escribe sobre la colonización británica en la India, la critica, pero agrega «no hay mal que por bien no venga»: gracias a las maldades de los británicos, la India dejará de ser o podrá dejar de ser un pueblo sin historia.

Esta idea de los pueblos sin historia es una idea que procede de Hegel, donde también se nota la influencia de Goethe, lo que podemos llamar eurocentrismo o etnocentrismo, y tiene que ver directamente con el desconocimiento global, más que enciclopédico, que incluye a Karl Marx, a pesar de que él tenía un gran conocimiento de la situación del mundo, y es que en esa época de los siglos XVIII y XIX, la visión del mundo se constreñía a Europa y sus colonias, error propio de la Ilustración en el que cae el joven Marx, como también lo hicieron Voltaire y Montesquieu, pues si bien Voltaire es un gran teórico de la tolerancia en lo que atañe a las diferencias religiosas existentes en la Europa de aquel entonces, no lo es de la tolerancia en el conjunto de los cinco continentes, como ahora lo veríamos. Es por eso que insisto en el viejo Marx, que rectifica y comienza a preocuparse por lecturas que tienen que ver con las comunidades rurales y primitivas, particularmente rusas que, si bien no se ve de entrada su conexión con América Latina, termina engarzando en visiones como la de Mariátegui, cuyo trabajo en mi opinión es fundamental para el pensamiento marxista de la región.

⁴ Entre estas personas están: a) Emilio Carranza Castellanos (al parecer de la línea familiar de Venustiano Carranza) con su libro *La farsa del comunismo*, Editorial Escorpio, México DF, 1985, que en un claro rechazo al presidente José López Portillo, muestra la foto de éste último en la portada, seguida de una cita atribuida a Marx: «Los mexicanos son [...] los hombres más despreciables», *Neue Rheinische Zeitung*, de 1850; b) Lyndon H. Larouche jr., precandidato a la presidencia de EE UU que hace la introducción y el apéndice al libro *Karl Marx, Titere de la oligarquía inglesa*, editado por New Benjamin Franklin Publishing House, Nueva York, 1984, en el que se transcribe un documento supuestamente atribuido a un veterano de guerra, el cual se antoja apócrifo; c) Francisco Prieto Echaso (cubano radicado en México y contrario al régimen de Castro) presentador del programa de radio «Huellas de la Historia». A estas tres personas, cuya posición discurre entre el panfleto político, la imaginación novelesca y la labor de un intelectual orgánico, respectivamente, bien les vendría leer *México en la Obra de Marx y Engels*, Domingo P. de Toledo, Fondo de Cultura Económica, México DF, 1939, quizás aclare la posición que tenían esos dos estudiosos alemanes sobre México.

Pregunta: Recientemente usted expresó en una conferencia su aprecio por el trabajo de Louis Althusser. ¿Podría decirnos qué parte del trabajo de Althusser le merece reconocimiento? No olvidemos que ese pensador francés señaló la existencia de una ruptura epistemológica entre la obra científica de madurez de Marx y los primeros escritos de orientación filosófica y humanista, de lo que según él derivó una metodología para estudiar *El capital*, interpretación que ha provocado una larga polémica. ¿Usted está de acuerdo con una parte de la obra de Althusser?

Respuesta: Quiero precisar el contexto polémico en que hice tal afirmación, pues nunca he tenido aprecio alguno por la obra de Althusser. Al contrario, me considero anti althusseriano, repelo su punto de vista y el de los marxistas estructuralistas; y es que yo más bien me considero marxista humanista y no tengo nada que ver con autores que postulan eso de la historia sin sujeto.

Lo primero que escribió Althusser, *Pour Marx* [se tradujo al castellano como *La revolución teórica de Marx*], es apreciable como lectura de Marx y como pensamiento en continuidad con él, dado que Althusser estaba poniendo el acento en la importancia que tiene para el marxismo la vocación científica y eso es verdad. Pero una cosa es la vocación científica y otra el cientificismo que hace del marxismo una ciencia dura, de primer grado y terminada. Lo que escribió después, *Lire Le capital* [*Para leer El capital*] no me gusta nada y el que no me guste nada no es sólo una opinión personal, pues, como quizás usted recuerde, Althusser en su autobiográfica afirma que cuando escribió *Pour Marx* había leído toda una serie de obras de Marx y que en el momento de escribir *Lire Le Capital* aún no había leído *El Capital*. O sea, había escrito una obra de interpretación de *El Capital* de Marx, admitiendo posteriormente que no había leído la obra objeto de su estudio. Por ello carece de toda seriedad.

Desde otro ángulo, con un tono algo brutal, para mí el mejor Althusser es el último, el de la autobiografía, quizá el más interesante y terrible porque se trata de un asesino confeso, lo que no quita valor literario y moral a la autobiografía que escribió en un tono confesionario al estilo de San Agustín. Lo más llamativo de esto –que proporciona una lección importante para la historia del marxismo y el comunismo del siglo XX–, es que un personaje como Althusser, con tanta pasión como la que decía tener en esa autobiografía, haya hecho del marxismo algo tan frío y estructurado, alejado de la mediación ética y política de Marx.

Pregunta: Coméntenos algo acerca de cómo es que Althusser asesinó a su propia esposa. ¿Qué le motivó a hacer tal atrocidad?

Respuesta: Así fue. Él mismo confesó la forma en que asesinó a la que fuera su compañera durante muchos años, lo cual denota la incomprensión del propio Althusser de lo que ella

representaba intelectual, moralmente, etc. Claro que su confesión es a posteriori y a sabiendas de que al hacerla se salvaría de ir a donde debería ir cualquier persona que cometa un asesinato, por lo que mi concepción del mundo me impide ver en alguien así nada bueno.

No estoy descalificando a Althusser como teórico del marxismo a partir de ese comportamiento personal. Lo interesante es que lo veamos con frialdad, y señalemos que su tesis básica de corte epistemológico es falsa, filológicamente falsa, porque no es verdad, como afirma Althusser, que Marx haya sido un hegeliano hasta el momento en que se pone a escribir *El capital* y que dejara de ser un filósofo hegeliano para convertirse en un científico social en el momento en que escribió su obra. Esto es filológicamente falso pues los *Grundrisse* prueban que en el momento en que Marx está escribiendo el volumen primero de *El capital* es cuando vuelve a Hegel y que el esquema teórico de *El capital* está muy influenciado, desde el punto de vista metodológico, no de contenido, por la relectura que el Marx maduro hace de Hegel.

En resumen: dejando de lado la cuestión moral, Althusser estaba equivocado, lo que no quita que sea un teórico muy inteligente como lo muestra el hecho que se le haya leído tanto en los años sesenta y que tuviera tantos discípulos y los siga teniendo en un país como EE UU, que es donde más se le lee hoy en día.

Pregunta: Usted opina que en el siglo XXI quizás se leerá al “Marx tardío” sin necesidad de orillar a Kant, Spinoza o Russell. ¿Podría decirnos que quiso decir? Pues su comentario parecería una crítica a Oskar Negt y Gustavo Bueno, quienes pretenden rescatar a Kant.

Respuesta: Creo que debemos distinguir entre una interpretación de Marx y lo que pensamos por nuestra cuenta, separación que muchos marxistas no hacen y en su lugar juntan filología y pensamiento en continuidad con Marx, cuando bien podrían hacer filología leyendo a Marx como un clásico, con independencia de sus convicciones políticas, como intérpretes de Marx; plano interpretativo en el que no hay duda de la influencia de Hegel en el joven y en el viejo Marx, por lo que, desde el punto de vista filológico, es claro que no se puede afirmar que Marx sea un hegeliano. Si la pregunta es: ¿qué Marx resulta interesante para el siglo XXI, en qué sentido la lectura de Marx, o parte de ella, nos puede interesar para continuar con lo que fue el programa básico de Marx para mejorarlo?, entonces habremos de advertir y reconocer que una parte de las expresiones filosóficas vienen de Hegel, por lo que Althusser se equivoca como se han equivocado otros marxistas que leen mal a Marx.

En cuanto a la influencia de Kant en Marx fue menor y es que Marx no podía admitir un punto de vista de filosofía moral como el imperativo categórico kantiano donde la máxima

de tu conciencia se convierte en ley universal. Al contrario, Marx relativiza el historicismo kantiano.

Dicho lo anterior, la interpretación de Oskar Negt me cae bien; en cambio la de Gustavo Bueno me parece fatal y creo que su lectura de Marx es mala y sus conclusiones peores. Podemos reconocer la herencia hegeliana en Marx y sin embargo preguntarnos: ¿Qué Marx nos ayudaría a ser mejores y cambiar el mundo? A lo que yo respondo que el Marx hegeliano no, dado que la dialéctica hegeliana heredada por Marx nos dice que la historia avanza por su lado malo o su lado peor, y que en una época como la nuestra significa el exterminio de la humanidad. Por tanto, no podemos estar de acuerdo con una dialéctica que apunta al fin de todas las cosas.

Pregunta: Parece ser que Gustavo Bueno tiene cierta influencia dentro y fuera de España. Tan sólo aquí, en México, uno de sus seguidores, Ismael Carballo Robledo, es asesor del jefe de Gobierno del Distrito Federal y a su vez presentador del programa de televisión «Plaza de Armas» que se transmite vía internet por Canal 21, canal que depende del propio Distrito Federal. En el programa se promueve la imagen de Gustavo Bueno como defensor del materialismo histórico y representante del discurso crítico. Ante ello muchos mexicanos se preguntarán, ¿quién es Gustavo Bueno?

Respuesta: Gustavo Bueno es un metafísico, un filósofo de formación escolástica tomista, un filósofo aristotélico, un teólogo reaccionario que en los años sesenta del siglo pasado se relacionó con el Partido Comunista de España y se hizo marxista. Desde un punto de vista técnico, desde el punto de vista de la filosofía de la ciencia, él abreva una teoría epistemológica que denomina del cierre categorial.

La otra cara de Gustavo Bueno es su evolución hacia el conservadurismo, al instituir una fundación o secta (la Escuela de Oviedo) financiada por el Partido Popular, dígame la extrema derecha en España. Ante esa circunstancia, el que se nos venda su trabajo como la continuación de Marx le aseguro que hoy día produciría en nuestro país la carcajada más estruendosa que usted pueda imaginarse. Nadie que estudie filosofía contemporánea o que haya tenido que ver seriamente con el marxismo admitiría que Gustavo Bueno y la Escuela de Oviedo tengan nada, pero nada, que ver con el discurso marxista. Por el contrario, muchos están, estamos escandalizados con las cosas que actualmente escribe, viniendo de donde viene.

Hay que decir que eso no quita que haya publicado una revista filosófica, *El Basilisco*, con cosas interesantes. En otras palabras, se puede ser inteligente, influyente, y al mismo

tiempo ser un escolástico, un dogmático, un reaccionario como lo es Gustavo Bueno. Pero vaya usted a saber de qué manera se está introduciendo en México. Un consejo de amigo: si usted tiene oportunidad de huir de él, huya. No se lo piense dos veces.

Pregunta: Pensando a futuro y en la línea del pensamiento crítico de Marx, ¿qué autor latinoamericano cree usted que es digno de leerse? ¿Cree que algún día remontaremos el eurocentrismo y surgirá un pensador del Sur, o de otro lugar que no sea Europa, que se ubique a la altura intelectual de Marx?

Respuesta: Yo no exageraría tanto, y tan modestamente, lo que se hace en el Sur, donde hay pensamiento marxista y no marxista, libertario y no libertario. Tal es el caso de Mariátegui, al que debe leerse tanto en el Sur como en el Norte. Sus escritos sobre la realidad peruana nos han enseñado mucho a los que no admitimos la creencia de que sólo se piensa arriba, en el Norte.

Otro intelectual y pensador universalmente reconocido es Enrique Dussel. Las cosas que ha estado escribiendo desde hace veinte años son muy leídas y discutidas en Europa; en las universidades europeas se han hecho varias tesis doctorales sobre su pensamiento. Franz Hinkelammert es otro ejemplo. Un pensador alemán que ha vivido en América Latina prácticamente toda su vida, en Costa Rica y en otros países. Las cosas que ha escrito sobre las consecuencias de la globalización son interesantísimas. Atilio Borón es otro intelectual que ha hecho aportaciones valiosas para la filosofía política contemporánea.

Ahora bien en cuanto a colectivos, ahí está FLACSO que desde hace años viene realizando cosas interesantes. Su Consejo de Ciencias Sociales en América Latina ha publicado cosas que leemos en Europa con más interés que lo que escribe Negt y muchísimo más interesantes que lo que escribe Gustavo Bueno. FLACSO ha publicado tres o cuatro volúmenes monumentales sobre historia de la filosofía política que no envidian nada a la mayor parte de la filosofía política que se publica en Europa. A su vez, ha realizado recopilación de autores latinoamericanos innovadores, con ideas propias. Con todo esto quiero decir que somos bastantes los que nos sentimos atraídos por la innovación y originalidad de pensadores latinoamericanos, percepción que es extensiva al género periodístico. Los artículos de opinión que publica *La Jornada* en México son más innovadores y con mayor conocimiento preciso de la realidad que los publicados, por ejemplo, en *El País* o en otros diarios que circulan en España.

Pregunta: Hoy día es común oír «El problema del mundo es el crecimiento de la población», como si Thomas Robert Malthus hubiese regresado por sus fueros.

Quizá en respuesta a eso John Bellamy Foster escribió el libro *La ecología de Marx. Materialismo y Naturaleza*. Sobre ese debate, ¿usted qué opina?

Respuesta: Son pocos los científicos (demógrafos, biólogos, sociólogos, economistas, etc.) que hoy día acepten el punto de vista malthusiano, conscientes de que el crecimiento de la población es uno de los problemas –no el mayor– relacionado con el tipo de crecimiento destructivo en el que andamos, y es que mundialmente es más grave la crisis ecológica y medioambiental. Tan sólo con que hubiese una distribución más justa de los alimentos y recursos bastaría para satisfacer las necesidades fundamentales de más gente en el planeta, contexto en que Bellamy Foster y otros, entre los que me incluyo desde 1975 o 1976, hemos subrayado los atisbos ecológicos de la obra de Marx, sin que por ello se afirme que Marx haya sido un ecologista, pero sí el primer economista en darse cuenta de que las fuerzas productivas se estaban transformando en fuerzas destructivas, principalmente de la naturaleza.

Esas serían las líneas generales del ecologismo social en que se inscribe el trabajo de Bellamy Foster y que yo comparto, o ecologismo de los pobres o los empobrecidos como lo llaman algunos autores, a lo que bien podríamos vincular los atisbos ecológicos de Marx siempre y cuando –insisto– se haga la crítica acertada a algunas de las afirmaciones que hizo en su época y se tome en cuenta la importancia que ha tenido históricamente la aplicación de nuevas tecnologías, que no siempre que ayuda a la producción de alimentos tiene carácter catastrófico. De ahí el interés que hoy día tiene ese ecologismo social. No el ecologismo sin más, es decir, el de los medioambientalistas preocupados por los ríos, los océanos, la extinción de las especies, etc., cuya importancia por supuesto no es para subestimar en un mundo como el que vivimos, sino en el ecologismo social que no sólo se ocupa de la naturaleza sino también del futuro de los seres humanos como parte de la naturaleza.

Pregunta: En ese libro que usted mismo reseñó, John Bellamy Foster menciona el término *metabolismo*. ¿Podría explicarnos qué debemos entender como tal y si tiene que ver con la teoría del valor?

Respuesta: El término “metabolismo”, que también está en Marx, se refiere al intercambio entre los seres humanos y la naturaleza, y al intercambio en general entre los distintos animales del conjunto de las especies, idea que nos lleva a pensar en una relación armónica entre el hombre y la naturaleza, relación que se ha fracturado a lo largo de la historia evolutiva por el papel destructivo de la acción constante del hombre sobre aquélla.

Usted pregunta: ¿Qué tiene que ver eso con la teoría del valor? Pues tiene que ver en el sentido de que si propugnamos una imitación entre los humanos de la forma en que se

ha comportado históricamente la naturaleza y aspiramos en cierto modo a una armonización de las relaciones metabólicas entre la naturaleza y el ser humano, entonces deberíamos volver a dar más importancia a los valores de uso que a los valores de cambio, es decir, deberíamos incluir en la batalla por la armonización la crítica radical a la mercantilización de todos los valores que caracteriza al capitalismo productivista, consumista.

Pregunta: Cuando usted utiliza los conceptos Estado de Bienestar y decrecimiento, ¿en qué sentido lo hace? ¿Cómo una posibilidad real o como una utopía?

Respuesta: Empecemos con el Estado de Bienestar, porque ahí ha ocurrido una paradoja. Cuando apareció la expresión Estado de Bienestar prácticamente toda la izquierda, que se preciaba de tal lo criticaba. Se decía que era un término ideológico inventado por el capitalismo. Estoy hablando de los años sesenta. Hoy prácticamente toda la izquierda está a favor del Estado de Bienestar sin más. Al respecto, y hablando con propiedad, yo creo que el Estado de Bienestar sólo ha existido para unos pocos en los países industrializados del norte de Europa que no pasan de ser cuatro países. En contraste, lo que hay para la mayoría es un estado de malestar, y malestar cada vez peor, y es que después del Estado de Bienestar lo que vino fue un neoliberalismo rampante con el aumento de las diferencias sociales y económicas entre la gente, ante lo cual la izquierda –o la pseudoizquierda– se asustó con razón y dijo que mejor que eso, el Estado de Bienestar. Mi punto de vista es que esta es una expresión inaplicable para la mayoría de los países y para la mayoría de la población mundial, aclarando que no tengo duda de que la existencia de un sistema de sanidad pública estatal, un sistema de enseñanza gratuita, etc., es algo bueno con lo que estamos de acuerdo. Pero, con todo y eso, es una exageración hablar de Estado de Bienestar.

Ahora bien, la expresión “decrecimiento” es una expresión inventada en los últimos años por algunos ecologistas sociales, críticos del tipo de desarrollismo y crecimiento que ha caracterizado al mundo industrializado en las últimas décadas. Su tesis es que para evitar la crisis medioambiental que es al mismo tiempo crisis financiera, crisis económica, crisis social, acabando en crisis de civilización, debemos detener el crecimiento, idea que desde la década de los años setenta ya se había manejado en el Club de Roma. No obstante el tiempo transcurrido no hay resultados. Los gobiernos y poderes dominantes tan sólo se han hecho verdes y ecologistas de boquilla, es decir, hablan de desarrollo sostenible o sostenible pero siguen haciendo y potenciando las mismas barbaridades. Muestra de ello es la falta de voluntad para aplicar el protocolo de Kioto, etc. Por lo que el ecologismo social que en los años setenta pugnaba por un crecimiento cero, ahora da un paso más y propugna el decrecimiento como una forma de detener el crecimiento productivista y consumista que está destruyendo el medio ambiente y la naturaleza, aunque la parado-

ja que he dialogado con los jóvenes partidarios del decrecimiento es que en los años setenta los poderes dominantes criticaban a los partidarios del crecimiento cero, los tachaban de locos apocalípticos pero, al mismo tiempo, las economías del mundo estaban creciendo cero. Por otro lado, ahora se critica a los partidarios del decrecimiento voluntario y curiosamente la mayoría de los países están decreciendo, y ante la última crisis de civilización la mayoría de países ni siquiera están saliendo de ella, y eso para mí es decrecer o crecimiento negativo. La diferencia es que estos teóricos del decrecimiento sugieren que voluntariamente hagamos un proyecto de comportamiento austero y evitemos hacerlo por shock. Esto, desde el punto de vista filosófico, es interesante puesto que pone de manifiesto dos concepciones del mundo. Una que de un modo optimista, dice que podemos ser de otra manera y hacer algo, y otra que nos reitera que la especie humana sólo aprende por shock. Por tanto, pareciera ser que necesitamos darnos un gran tortazo para que las cosas vuelvan a recomponerse.

Pregunta: Qué opinión le merecen las ONG. ¿Realmente pugnan por un verdadero cambio desde abajo, tendente a construir una nueva sociedad, o más bien, se trata de buenas intenciones de grupos religiosos que en nada modifican la estructura social del capitalismo?

Respuesta: Para empezar. Hay algunas ONG que son más gubernamentales que el Gobierno, financiadas por este y que no deberían llevar el nombre de ONG. Hecha esta importante distinción, no hay duda de que existen muchas ONG en el mundo y personas beneficiadas de ellas. Las hay unas mejores que otras, unas que intentan cambiar el mundo y otras con pretensiones modestas que tratan de ayudar al prójimo de la mejor manera posible, o que se dedican a la cooperación y ayuda al desarrollo. Una que actualmente tiene buen prestigio es Greenpeace que en el ámbito ecológico y medio ambiental ha hecho cosas positivas al denunciar una serie de barbaridades cometidas por los gobiernos y las grandes empresas. Otro ejemplo es Amnistía Internacional que ha actuado en contra de una serie de atropellos en todo el mundo. Otras están vinculadas a la defensa de los derechos humanos y gracias a todas ellas no han ocurrido más desgracias de las que ya conocemos y han permitido que algunas personas salven su vida o que no vayan a la cárcel injustamente.

Dicho lo anterior, no creo que haya ninguna ONG que pretenda cambiar el mundo de base como lo tenía en la cabeza el viejo barbudo Marx o los revolucionarios de los años veinte. Lo que sí tienen en mente muchas ONG es echar una mano a los que están peor en el mundo o hacer algo para que no ocurran más desgracias, pues como dice un poema de Bertolt Brecht titulado «Techo para una noche», algo hay que hacer, ya que si bien no se cambia el mundo de base dando techo para una noche al pobre miserable que está en la

calle, se echa una mano. El que tenga una cosa mejor, alguna propuesta de más alcance, que lo diga.

Pregunta: Entre sus autores predilectos están Karl Kraus, György Lukács, Walter Benjamin, Bertolt Brecht, Simone Weil, Hannah Arendt y Primo Levi. ¿Qué le han aportado esos pensadores a su formación crítica, en particular los últimos tres? En específico Arendt, que responsabilizó a Marx de cierto totalitarismo, y Weil que sentía repulsión por la formación económica de Marx, hasta el punto de que se cree que culpó a Engels de que Marx no haya sido un gran filósofo.⁵

Respuesta: Efectivamente, se trata de santos de mi devoción, aunque no son todos y algunos no son los de más devoción. Faltaría Antonio Gramsci que es el pensador que más aprecio.

Kraus fue quien llamó la atención sobre el problema de los medios de comunicación, es el primer contraperiodista serio que ha habido en la historia en una época en la cual el papel de la mayor parte de los medios de comunicación es nefasto.

Lukács, con su libro *Historia y conciencia de clase* fue quizá el que mejor ha explicado la alienación, la reificación, etc.

Brecht es un gran dramaturgo, un gran poeta y un gran pensador de esos que nos hacen pensar las contradicciones a fondo, la de los otros y las nuestras.

Arendt, en primer lugar, tiene una visión particular sobre los orígenes del totalitarismo. En segundo lugar, escribió un libro sobre *Eichmann en Jerusalén* que no es la mejor interpretación del nacional socialismo y el holocausto, pero es interesante en lo referente a Kant y el kantismo. Así, creo que Arendt es un referente indiscutible para los marxistas del siglo XXI que quieran evitar el dogmatismo. Eso con independencia de que más tarde discutamos con ella su interpretación sobre el mal, el totalitarismo, el trabajo, etc.

Levi es desde mi punto de vista la gran memoria de la mayor de las barbaridades del siglo XX. Las obras de Primo Levi se pueden leer como el informe de un científico sobre la barbarie humana que nos lleva a la conclusión que cuando se empieza por la discriminación entre personas por razones de etnia, sexo, etc., se termina en la barbarie.

Lo común a todos esos pensadores, atractivo para un pensamiento crítico del siglo XXI, es el intento de juntar ética y política. De ahí el título de mi libro *Poliética*.

⁵ E. Silberstein, *Los destructores del capitalismo. Marx, Keynes y Cía.* S.A., Carlos Pérez Ed., Buenos Aires, 1969, p. 64.

Pregunta: ¿Qué opinión le merece la izquierda, o las izquierdas? ¿Han perdido su fundamento? ¿Qué perspectivas ve usted a futuro? Pues pareciera que es una parte de un binomio en el que la otra parte es la derecha.

Respuesta: Habría que distinguir a la izquierda institucional, esa que está en los parlamentos y que se dice izquierda sin serlo, esa que hace tiempo perdió su fundamento de izquierda. Pues no se puede llamar de izquierda a programas sociales liberales que pregonan los partidos de centroizquierda. No es extraño que a principios de la crisis los poderosos dijeran que había que rectificar al capitalismo. Lo que sí es extraño hasta el colmo es que partidos considerados de izquierda dijeran que habría que seguir haciendo lo mismo. Por tanto, no se puede esperar nada bueno de esa izquierda institucional, afirmación que no debe llevarnos a identificar todo con todo. No es lo mismo, para el caso de España, el Partido Popular que el Partido Socialista Obrero Español.

La izquierda que se vislumbraba como el proyecto que tiene la intención de cambiar las cosas de raíz creo que ahora está fuera de combate. Tan sólo queda la otra izquierda, esa que tiene que ver con los movimientos sociales críticos alternativos. Queda también la izquierda que tiene que ver con los foros sociales mundiales y no mundiales, queda la izquierda que se considera asimismo una red de redes en construcción, y queda una nueva izquierda que tentativamente sigue pensando que hay que cambiar radicalmente las cosas, hacer justicia, etc., la cual es minoritaria y está en proceso de construcción. Su fuerza es más social que política.

Lo más triste en este momento acerca del papel de la izquierda es el desfase enorme que existe entre la brutalidad de la crisis que hemos estado viviendo, que seguimos viviendo, y la capacidad de respuesta ante esa crisis, tanto más que una parte de la izquierda que se hace llamar izquierda de hace algunos años venía diciendo y avisando de lo que iba a pasar. Esto es lo que hace más deplorable la situación: que habiendo avisado de lo que iba a pasar, habiendo visto la dimensión de la tragedia, estemos en una situación de paralización.

Pregunta: Usted está convencido de que la crisis que vivimos se produce en diferentes órdenes, algo así como una crisis de civilización, ante lo cual señala que hace falta una revolución mundial. ¿Cómo se lograría esta?

Respuesta: Esto de la revolución mundial lo dije el otro día en público, pero creo que sólo se puede decir en broma y lo que quise decir es que dadas las dimensiones de la crisis de civilización, dada la maduración de la conversión de las fuerzas productivas en fuerzas destructivas, teniendo las relaciones de producción existentes, que no sólo no han madurado sino que se han podrido. Si pensábamos a finales del siglo XIX que eso sólo se

resolvía con una revolución mundial, hay que pensar a principios del siglo XXI que de eso sólo salimos con una revolución. Hasta aquí lo serio.

La broma es que cuando pronunciamos la palabra revolución mundial casi todo el mundo se ríe, se ríen los de arriba y nos reímos todos, y es que sabemos que eso no está a la vista, y es que tenemos presente que no hay la conciencia, la correlación de fuerzas, la preparación de la gente, la intención, etc., eso no quiere decir que dejemos de poner el acento en elevar la conciencia, en la capacidad del análisis científico de las contradicciones existentes y en la reafirmación de la utopía, es decir, en reafirmar el ideal teniendo presente que no va a ser cosa de hoy, a sabiendas también de que sin ideales no nos movemos, pues se trata de un punto en el horizonte con el que nos orientamos y, mientras tanto, lo que sí necesitamos es algo así como una revolución de la vida cotidiana, parecida a la que enarbolan los teóricos del decrecimiento respecto a actuar y comportarnos de otra manera, de la mejor manera posible para que esta crisis de civilización no acabe en catástrofe.

Pregunta: Usted nos recuerda una cita de Arthur Schopenhauer que dice «La virtud no se enseña. Esperar que nuestro sistema moral y nuestra ética puedan formar más personas virtuosas, nobles y santas es tan insensato...». Al leer esta cita nos preguntamos, ¿qué papel juegan la cultura y la educación? Pareciera que no tienen mucho peso en la construcción de un mundo mejor.

Respuesta: Lo primero que quiero decir es que la educación es clave y que de la cita de Schopenhauer no se deduce que yo piense que haya que acabar con la educación. Por el contrario, creo que la educación es fundamental en la formación de conciencia. Por tanto la referida cita quiere decir que no por mucho escribir libros de ética y no por mucho explicar ética en clase seremos mejores personas. Nunca ha sido así. Y no por mucho tener en la boca la palabra “moral” la gente se comporta mejor. El ser virtuoso es algo que tiene que ver con la razón práctica. Obviamente se puede enseñar en las clases, se puede educar a las personas, etc., pero no nos hacemos virtuosos a base de discursos, sino en la relación con los demás, y esto es precisamente lo que decía Schopenhauer y repetía Albert Camus y Robert Musil en su libro *El hombre sin atributos*. De ahí el dicho «el camino al infierno está empedrado de buenas intenciones» y el mundo está lleno de gente predicando moral y explicando ética en sus clases y comportándose de la manera más “cabrona”, de la peor forma que uno pueda imaginarse.

Con esto sólo quiero subrayar la importancia de la coherencia moral, lo cual no quiere decir que esté en contra de la educación, la cual sirve como todo lo que es conocimiento, sin ser la razón práctica de los seres humanos, para enseñarnos lo que no debemos hacer, porque hay una simetría lógica entre el bien y el mal. Esto se entiende en palabras del viejo

Maquiavelo «si es que hay que aspirar al paraíso, lo que debemos hacer es conocer los caminos que conducen al infierno para evitarlo». Y esto sí es algo que puede conseguir la educación. Pero que la gente sea virtuosa porque tenga profesores de ética lo dudo. Será virtuosa porque tenga ejemplos a seguir.

Pregunta: Profesor Francisco, ¿cómo sustraernos al fetichismo y potencial destructivo del capitalismo, o como dice Marx a «vivir en las gélidas aguas del cálculo egoísta»; Oskar Negt, al que ya nos referimos, habla de la construcción de espacios públicos proletarios, otros como Michael Heinrich apuestan por el estudio cuidadoso del sistema como una forma de generar conciencia, usted en cambio propone una especie de práctica *hippy* donde nos armonicemos con la naturaleza y tengamos una actitud fraternal, para lo cual habla de una especie de *desideratum* que junte ética y política (poliética) como si colocáramos un bozal al Estado y al mercado. Sinceramente, ¿cree usted que así lograremos desarmar las actuales relaciones sociales? Y con ello, ¿revertiremos el espiral deshumanizante que tanto ha dañado la red social y ha provocado cristalizaciones ideológicas, según sus propias palabras? ¿O de plano no tenemos más opción histórica y debemos conformarnos con lo que hay y refugiarnos en nuestro individualismo o en un monasterio?

Respuesta: Para contestar a todas esas preguntas tendría que escribir un libro. En primer lugar, pienso que lo peor sería resignarnos a lo que hay, porque lo que hay es una verdadera barbarie en líneas generales, ante lo cual debemos ser críticos.

Segundo, no creo que haya que contraponer análisis concreto del capitalismo en su fase actual con el ideal, con la “utopía”. Al contrario, más bien pienso que esta división que ha sido casi permanente en el pensamiento occidental y, sobre todo en el europeo, entre pensamiento científico y pensamiento utópico, es algo que tenemos que superar y tratar de complementar. A mí me parece que el análisis científico del capitalismo en su fase actual es una necesidad y la frase aquella, según la cual «hasta ahora los filósofos se han dedicado a interpretar el mundo y de lo que se trata es de transformarlo», habría que entenderla en el siguiente sentido: tenemos que seguir interpretando bien al mundo en su fase actual del capitalismo globalizado, porque sin análisis comprensivo de lo que está pasando no hay posible transformación. Una vez que se intenta complementar el análisis científico de la fase en la que estamos con la afirmación del ideal, habría que ponerse en marcha, para lo cual la poliética es muy importante. Por lo que debemos procurar que ética y política no sigan dándose de golpes como lo han hecho a lo largo de la historia europea, y es que habitualmente la gente piensa que la política es mentira y la ética verdad pero mal practicada. A mí me parece que si queremos seguir con un pensamiento transformador hay que considerar a la política como ética de la colectividad y en ese sentido hay que volver a los clásicos,

hasta Aristóteles. Recordemos que los griegos consideraban que la política estaba por encima de la ética en la medida en que la actuación política llevaba al despliegue de los valores éticos individuales y dado que los seres humanos no podemos vivir solos, pues como decían los griegos el ser humano sólo es un dios o es una bestia, pero como no podemos ni debemos ser ninguna de las dos cosas, hay que tener un concepto de la política como ética de lo colectivo para de ahí transformar al mundo con inteligencia en la actuación, con la capacidad de sacrificio moral de la gente que quiere cambiar el mundo y con la aportación de todas las fuerzas existentes. Por tanto, en lugar de decir esto es lo que hay y adaptémonos, yo afirmo que por mí que no quede, es decir, que en la medida en que contribuyamos a construir un mundo mejor, hay que hacerlo.

Que si creo que lograremos desarmar las actuales relaciones sociales... esto es una tarea difícil pero no imposible. Hay un autor que yo aprecio mucho que es Ernst Bloch, autor del libro *El principio esperanza*. Él nos dice que hay motivos para la esperanza y como señalaron Brecht, Benjamin y otros, muchas veces los motivos para la esperanza nos son dados por los desesperanzados que no tienen nada. Entiendo que esto suena a idealismo y alguien podría preguntar qué tiene que ver esto con el materialismo de Marx. A lo que respondería para concluir esta entrevista, si le parece, que convendría superar la confusión entre materialismo ontológico e idealismo moral. Yo soy una de las personas que piensa que se puede ser materialista en el plano de la ontología y al mismo tiempo idealista moral. Al respecto cito con frecuencia en mis libros una frase de Albert Einstein, otro de mis autores preferidos como científico y pensador, frase que pronunció con motivo del asesinato de Walther Rathenau por los primeros grupos de extrema derecha que luego acabarían en el nazismo, en la Alemania nazi. La cita de Einstein sostiene que «ser idealista cuando se vive en Babia no tiene ningún mérito, pero ser idealista oliendo el hedor de la mierda de este mundo sí tiene mérito» y como uno tiene bastantes años y ha conocido bastante la mierda del mundo este, pues me parece que vale la pena seguir siendo un idealista moral para el tiempo que a uno le queda.

Pregunta: Profesor Francisco, le doy las gracias por el tiempo concedido a esta entrevista y esperemos volvernos encontrar a su regreso a México. Muchas gracias.

Respuesta: El agradecido soy yo. Ha sido un placer.